



# Enríquez Gómez: política, sociedad, literatura

---

Ensayos reunidos



Felipe B. Pedraza Jiménez  
Milagros Rodríguez Cáceres





*ENRÍQUEZ GÓMEZ:*  
*POLÍTICA, SOCIEDAD, LITERATURA*  
ENSAYOS REUNIDOS



FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ  
MILAGROS RODRÍGUEZ CÁCERES

*Enríquez Gómez:*  
*política, sociedad, literatura*  
Ensayos reunidos



Ediciones de la Universidad  
de Castilla-La Mancha

2020

PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe B., y Milagros RODRÍGUEZ CÁCERES  
Enríquez Gómez: política, sociedad, literatura. Ensayos reunidos.— [Cuenca] : Ediciones  
de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2020.  
276 p.; 24 cm.— (Corral de comedias ; 44)  
ISBN: 978-84-9044-409-2  
I. Enríquez Gómez, Antonio (h. 1600-1662) –I. Pedraza Jiménez, Felipe B. II. Rodríguez  
Cáceres, Milagros. III. Calderón de la Barca, Pedro. IV. Quevedo, Francisco de. V. Universidad  
de Castilla-La Mancha, ed. VI. Título. VII. Serie  
808-22 Antonio Enríquez Gómez 09 (063)



UNIÓN DE  
EDITORIALES  
UNIVERSITARIAS  
ESPAÑOLAS

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión  
y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

© de los textos: Felipe B. Pedraza Jiménez y Milagros Rodríguez Cáceres.

© de la edición: Universidad de Castilla-La Mancha.

Edita: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Colección CORRAL DE COMEDIAS, núm. 44.

Director: Felipe B. Pedraza Jiménez.

1ª ed. Tirada: 300 ejemplares.

Diseño: C.I.D.I (Universidad de Castilla-La Mancha)

Composición y maquetación: Trisorgar

ISBN: 978-84-9044-409-2

D.L. CU 104-2020

ISSN: 1699-8650

DOI: [http://doi.org/10.18239/corral\\_2020.44.00](http://doi.org/10.18239/corral_2020.44.00)

*Impreso en España (U.E.) – Printed in Spain (U.E.)*



Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons CC BY 4.0.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra no incluida en la licencia Creative Commons CC BY 4.0. solo puede ser realizada con la autorización expresa de los titulares, salvo excepción prevista por la ley. Puede Vd. acceder al texto completo de la licencia en este enlace: <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

**«NACÍ DENTRO DEL PARNASO...».**  
**ENRÍQUEZ GÓMEZ Y LA LITERATURA DE SU TIEMPO**



**ANTONIO ENRÍQUEZ GÓMEZ:**  
**ENTRE LA HERENCIA DE LA SANGRE**  
**Y LA TRADICIÓN LITERARIA\***

**Felipe B. Pedraza Jiménez**

[http://doi.org/10.18239/corral\\_2020.44.07](http://doi.org/10.18239/corral_2020.44.07)

UN POETA SINGULAR, MUCHO TIEMPO OLVIDADO

Como señala Jesús Antonio Cid [2011] en el *Diccionario biográfico español*, la figura de Antonio Enríquez Gómez ha interesado particularmente en los últimos tiempos. En unas décadas hemos pasado de un desconocimiento casi total de su vida y obra (hasta el punto de que hemos estado repitiendo datos fabulosos e inexactos) a disponer de información precisa e indudable sobre los elementos esenciales de su existencia y su producción literaria.

Este cambio se ha debido sobre todo a la labor de una serie de investigadores que han documentado fehacientemente muchos lances de la asendereada vida del poeta y se han ocupado de sus textos. Entre estos hay que destacar la figura de Israel Salvator Révah, que, entre 1958 y 1972, rastreó los archivos inquisitoriales a la rebusca de da-

---

\* Este ensayo se presentó en el *Congreso interdisciplinar «Entre literatura e historia. La cultura de la sangre en el Siglo de Oro»*, Universidad Carlos III de Madrid, Getafe, 23 y 24 de setiembre de 2015. Agradezco la invitación de su director, mi admirado amigo David García Hernán, que me dio la ocasión de ofrecer esta perspectiva netamente filológica en un simposio de historiadores, ocupado esencialmente en el estatus y función de la aristocracia en la sociedad de los siglos XVI y XVII. Se publicó en David García Hernán y Miguel F. Gómez Vozmediano (eds.): *La cultura de la sangre en el Siglo de Oro. Entre Literatura e Historia*, Madrid, Sílex, 2016, pp. 245-267.

tos acerca del autor y su familia<sup>1</sup>. Esta tarea se ha completado con las indagaciones de Heliodoro Cordente [1992], que sacó a la luz materiales del archivo del Santo Oficio de Cuenca. A esas piezas fundamentales se han añadido estudios de Cid, Brown, Wilke, Galbarro y otros eruditos que, a vueltas con la creación literaria de Enríquez Gómez, han dado noticia de documentos desconocidos o han interpretado de forma más convincente los ya publicados<sup>2</sup>.

Lentamente, vamos disponiendo de ediciones solventes del conjunto de su producción. Además de las antologías y las piezas dramáticas publicadas en las colecciones decimonónicas, contamos con los textos de *El siglo pitagórico*, fijado y anotado por Amiel y por Santos; con algunas de sus obras dramáticas: *Fernán Méndez Pinto* y *El rey más perfeto*; con las beneméritas publicaciones de Antonio Lázaro: *Sonetos, romances y otros poemas* y el facsímil de *Sansón nazareno* (con la colaboración de Carlos de la Rica); con opúsculos que habían permanecido inéditos, como el *Romance de Lope de Vera* o *Inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos*, recuperado por Rose y Kerkhof; con dos ediciones de *Sansón nazareno*, de Carmen Artigas y de Moshe Lazar; con las publicaciones cuidadas por Jaime Galbarro: *El pasajero* y *Triunfo lusitano...* Asimismo vio la luz la edición crítica y anotada de la más ambiciosa y compleja obra de nuestro poeta: *Academias morales de las Musas*. Como continuación de esta empresa, el Instituto Almagro de teatro clásico se propone editar en los próximos años varias comedias de nuestro dramaturgo<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Parte de estos trabajos quedaron inéditos al morir el ilustre y tenaz investigador. Los reunió y editó Carsten Lorenz Wilke [Révah, 2003].

<sup>2</sup> Véanse, a título de ejemplo, los estudios de Cid [1978], Wilke [1994 y 2015], Brown [2007], Warshawsky [2011] y Galbarro [2012 y 2015b].

<sup>3</sup> Las referencias precisas de las ediciones citadas se encuentran en la bibliografía [Enríquez Gómez, 1974, 1977, 1986, 1991a, 1991b, 1992a, 1992b, 1999, 2007a, 2007b, 2013b, 2015a y 2015b]. A las enumeradas en la primera versión de este artículo hay que añadir nuevas ediciones, como el primer tomo de *Comedias* publicado por el Instituto Almagro, que incluye *A lo que obligan los celos*, *Celos no ofenden al sol* y *No hay contra el honor poder*, y *Política angélica*, ed. de Gambin [Enríquez Gómez, 2018 y 2019]. En el momento de redactar esta nota complementaria, están listos para la imprenta un volumen de *Cuatro obras políticas*, con *Inquisición de Lucifer*, *Luis, dado de Dios*, *Mártir y rey de Sevilla*, *san Hermenegildo* y *El rey más perfeto*, y un nuevo tomo de comedias: *El gran cardenal de España (Primera y Segunda parte)*, *La soberbia de Nembrot* y *Engañar para reinar* [Enríquez Gómez, 2020a y 2020b]. Gambin prepara la edición *Política angélica (Sobre el gobierno)*.

## EL INTERÉS POR LA ADSCRIPCIÓN RELIGIOSA

Cuantitativamente el mayor número de estudios corresponden al análisis de su obra literaria; pero el aspecto que más ha interesado a la crítica ha sido, sin duda, la adscripción religiosa e ideológica del poeta, su difícil peripecia personal y el camino que cabe intuir tomó en semejante coyuntura. Su *marranismo* —voz, en mi concepto, poco feliz pero que se ha impuesto entre los especialistas— ha ocupado la pluma de muchos estudiosos, que han abordado la creación de nuestro autor desde la perspectiva de una comunidad soterrada, clandestina o perseguida, o han intentado conocer y definir a esa colectividad a partir de los versos, prosas y escenas que ofreció a lectores y espectadores Antonio Enríquez Gómez.

Se ha discutido ampliamente sobre su sentimiento de pertenencia a una colectividad humana y de su íntimo sentimiento religioso, materias, como se percibe a simple vista, particularmente resbaladizas y sujetas a todo género de especulaciones. En condiciones de libertad y normalidad, sin que existan presiones difíciles de resistir, no siempre resulta hacedero determinar la sinceridad de las adscripciones ideológicas y las fidelidades religiosas de un individuo. Siempre existirá la duda sobre qué oscuros (por profundos y ocultos, ignorados a veces por el mismo sujeto) motivos o intereses pueden mover a manifestar unas adhesiones u otras, a profesar unos u otros ritos.

Esta duda, nunca enteramente extirpable, se ha de extender con invencible vigor cuando concurren las circunstancias que han pesado sobre los supuestos judaizantes en la España del siglo XVII, en la que la religión mosaica estaba formalmente prohibida, constituía un estigma social que desataba un violento rechazo, y de cuya persecución se encargaba, como en otros lugares, un tribunal que disponía de los medios habituales en la época para la averiguación de la verdad jurídica (la tortura, por ejemplo), y de algunos excepcionales que resultan particularmente repugnantes a nuestras sensibilidades liberales y posrománticas (sobre todo, el extraordinario crédito que se daba a las acusaciones anónimas o secretas).

¿Cómo averiguar lo que sentía y pensaba alguien en semejante situación? ¿Cómo saber qué creencias anidaban en su corazón? Si tenemos en cuenta que la práctica de los ritos y la trasmisión de las doctrinas constituían un delito, parece evidente que el formarse en la religión de sus mayores se volvía una tarea ardua y peligrosa. Si, además, contamos con que la inserción en la normalidad social dependía de que la opinión mayoritaria admitiera que no se incurría en la heterodoxia, concluiremos que la tentación del judaísmo era una actitud desesperada y, con frecuencia, enloquecida, como en los

casos famosos de Benito Ferrer, aludido en *Inquisición de Lucifer* (§ 211), o Lope de Vera, cantado en un romance atribuido a nuestro poeta [*vid.* Brown, 2007].

Si a lo dicho añadimos que estas peculiares circunstancias obligan a los que están incursos en el anatema a relacionarse fundamentalmente con sus hipotéticos correligionarios, en un círculo cerrado de negocios y auxilios mutuos pero también de control de la fidelidad de cada cual a las creencias perseguidas, resulta aún más difícil concluir qué podía pensar o sentir un individuo

en este mundo  
de fortunas, tormentas y fracasos.  
(*Academia I*, vv. 680-681)<sup>4</sup>

No sin razón, la cautela extrema y la estoica resistencia a un destino incontrolable es uno de los motivos obsesivos de la poesía de Enríquez Gómez:

No fies de traidor acción ninguna,  
y libre te verás de su fortuna.  
Ten paciencia en el mar de tu tormenta.  
(*Academia I*, vv. 762-764)

El mundo aparece como un teatro engañoso en el que no siempre comprendemos el papel que nos hace representar el tiempo:

En esta farsa donde el mundo aprende,  
ninguno su papel hacer desea;  
el poeta es el tiempo, y no la entiende.  
(*Academia III*, vv. 1381-1383)

Es más que probable que en la violenta farsa en que hubo de actuar Enríquez Gómez, no siempre entendiera el conflictivo papel que le tocó en suerte.

Con todo, buena parte de la bibliografía en torno a su persona y obra se centra en esta insondable cuestión de la religiosidad íntima del poeta, y dirige el foco de la investigación en una dirección única que condiciona la exégesis literaria y oculta muchos de los hilos que forman la compleja trama del vivir y el crear de Enríquez Gómez.

---

<sup>4</sup> Citaré siempre por esta edición [Enríquez Gómez, 2015a], señalando la academia y los versos de que se trate.

Según resume Wilke [2003: 18-19], Isräel Salvator Révah, el más eminente y pertinaz de los estudiosos de la vida y la obra de Enríquez Gómez, se mostró, en su vida personal, poco afecto a los ritos judaicos (dedicaba los sábados a sus quehaceres académicos), prefería dejar en la sombra de las iniciales sus nombres propios (uno hebreo y otro español) y abordaba los estudios históricos desde la tradición laica de Ernest Renan. Sin embargo, parece poco dudoso que el interés de Révah por el escritor barroco nació de las afinidades biográficas, morales y religiosas que creía tener con él. Su labor investigadora se dirigió fundamentalmente a la búsqueda de las pruebas de las fidelidades mosaicas de nuestro peculiar poeta.

De ahí que una parte sustantiva de su trabajo se dedicara a la reconstrucción de la atormentada historia familiar del autor, desde el tatarabuelo, Juan de Mora López, hasta sus hijos y sobrinos. Seis generaciones perseguidas por el tribunal inquisitorial. Como señala Gerard Nahon al frente de la edición póstuma de estos estudios, «en la reconstrucción de una existencia ciertamente novelesca, el método de Révah encuentra la explicación a través de la ascendencia» [en Révah, 2003: 10]. La cultura de la sangre, la vinculación a un grupo humano, es la clave hermenéutica que le permite entrar en su creación literaria. Estos presupuestos han presidido también —a lo que entendemos— los análisis de algunos de los más notables estudiosos de Enríquez Gómez como Constante H. Rose o Kramer-Hellinx, aunque en estos casos —por lo que se me alcanza— se intuye una actitud personal y religiosa militante y alejada de cualquier tibieza laica.

Révah era filólogo y se preocupó de subrayar en más de un momento esta formación especializada: «je ne suis pas historien», recuerda en carta a Marcel Bataillon<sup>5</sup>; pero sus aportaciones más relevantes sobre la figura de Enríquez Gómez son, por un lado, genealógicas (en busca de la «cultura de la sangre») y, por otro, biográficas. Mantiene Wilke [2003: 63] que Révah «presenta la reconstrucción biográfica como una clave esencial para la comprensión de las obras de este poeta»; pero en sus estudios solo se presta atención a los versos y prosas en que cree poder rastrear las huellas de una vida sacudida por el conflicto religioso y sus consecuencias psicológicas y morales, civiles y políticas.

No tengo yo autoridad para negar que Révah fuera un «excelente conocedor de las convenciones literarias» del Barroco español [*vid.* Wilke, 2003: 64]; pero sí tengo ojos para ver que ese dominio solo se aplica a determinadas facetas de la obra de nuestro poeta,

<sup>5</sup> Citado por Wilke [2003: 62].

dramaturgo, narrador y tratadista: aquellas que se relacionan con su condición de cristiano nuevo, de miembro de una familia conversa y supuesto criptojudío.

Digo *supuesto* no porque yo crea o deje de creer que, efectivamente, el poeta practicó los ritos mosaicos y profesó la fe en sus dogmas con más o menos convencimiento, sino porque me parece materia insondable. Téngase en cuenta que los testimonios sobre estas cuestiones proceden casi siempre de procesos inquisitoriales en los que cabe dudar de la sinceridad de los interrogados, mucho más pendientes de salir del trance que de ofrecer datos fidedignos a sus acusadores. Era frecuente —y los inquisidores lo sabían perfectamente— la tendencia de los testigos a acusar de prácticas judaicas a muertos y ausentes, mientras se exculpaban a sí mismos y a sus parientes y amigos que estaban al alcance del temido tribunal.

Tampoco entiendo en qué se sustentan afirmaciones puramente voluntaristas como la de García Valdecasas [1971: 32]: «tengo para mí que el poeta no era judaizante, sino cristiano de verdad». No resulta fácil determinar qué es ser «cristiano de verdad». Aunque lo averiguáramos, no creo que pudiéramos decidir si nuestro autor entra en ese cómputo. Es más: tendríamos que preguntarnos qué Enríquez Gómez: ¿el de las *Academias morales de las Musas*, en que, según su amigo y correligionario Manuel Fernandes de Vila Real, «emprende explicaciones altas [...], si no igualadas, cristianamente sentidas» [en Enríquez Gómez, 2015a: I, 258]?; ¿el de la *Política angélica*, que, en una de sus versiones, ataca al régimen inquisitorial pero propone, más que su abolición, una profunda reforma que lo convierta en una instancia integradora<sup>6</sup>?; ¿el satírico de *Inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos*?; ¿el autor del romance *A Lope de Vera*, que, además de exaltar a un ajusticiado por orden del Santo Oficio, confronta teológicamente el judaísmo y las doctrinas cristianas?; ¿el dramaturgo hagiográfico que firma como Fernando de Zárate?

Como señalaron Yerushalmi [1989: 36-37], con carácter general, y Cid [1978: 291], aplicado al caso de Enríquez Gómez, los vaivenes de la fe de los cristianos nuevos, sometidos a tantas presiones, debían de ser notables. Y no se pueden desestimar las idas y venidas, más o menos sinceras, más o menos ajustadas a la conveniencia de cada momento, de una fe a otra. Gambin [2015: 151] nos recuerda que en las obras de nuestro autor se encuentran referencias (bien es verdad que más ocasionales de lo habitual entre sus contemporáneos que trataban de los mismos asuntos)

---

<sup>6</sup> Véase Antonio Enríquez Gómez [1647b: 142-143]. Esta cuestión ha sido analizada por Felice Gambin [2015]. Como señala Rafael Carrasco [2015: 45], en este alegato contra las prácticas inquisitoriales «empleó una argumentación perfectamente católica sin recurrir lo más mínimo al plano referencial del judaísmo».

a Cristo y a la Trinidad, a la máxima especulación de la cristiandad desarrollada por san Agustín sobre los misterios de los misterios, al vértice de la revelación y la expresión de toda la salvación, Dios uno en tres personas, etc.

Estas presencias, espontáneas o forzadas por la conveniencia, pero siempre expuestas con un notable conocimiento de causa,

demuestran la dificultad de encerrar la obra de Enríquez Gómez en la tradición de la espiritualidad judía exclusivamente.

En todo caso, como apuntó Wilke [2003: 64], el método de averiguación de las convicciones religiosas del poeta que sigue Révah está viciado de raíz, ya que se permite atender o no a la literalidad de los textos según encajen o no en la hipótesis de partida. Así, cuando Enríquez Gómez escribe panfletos y sátiras mordaces, más que contra el cristianismo, contra instituciones cristianas como la Inquisición, o cuando ocasionalmente polemiza contra el dogma cristiano, como en el atribuido romance *A Lope de Vera*, Révah le otorga la mayor credibilidad. Cuando no contradice los principios del cristianismo o guarda silencio (¿respetuoso silencio?) sobre sus ritos y moral, atribuye esta actitud a un juego de calculada ambigüedad. Cuando habla con fervor (¿fingido fervor?) de la Virgen, los santos y los mártires (sobre todo, en las comedias hagiográficas que aparecieron a nombre de Fernando de Zárate), su máximo biógrafo concluye que se trata de una maniobra de disimulación y ocultamiento.

Con estos criterios (que es muy posible que se ajusten a la verdad, pero no a la lógica) no hay manera de no tener razón. No va a haber dato ni afirmación literal capaz de hacernos dudar de la hipótesis de que se parte.

#### LAS SUPUESTAS MARCAS LITERARIAS DE LA CULTURA DE LA SANGRE

Al margen de estos vicios metodológicos que perturban las investigaciones sobre la íntima actitud del poeta y el mensaje último que nos envían sus obras, hay pocas dudas sobre algunos rasgos que pueden obedecer a la cultura de la sangre, a la herencia familiar de los Mora. Son los que Wilke [2003: 65] señala como principios rectores, mecánicamente aplicados en la monografía de Dille [1988], aunque el estudioso norteamericano nunca los formule con claridad y contundencia:

- 1) las frecuentes referencias al Antiguo Testamento;
- 2) la ausencia de alusiones al dogma católico (y a las creencias cristianas en general; salvo en las comedias firmadas por Fernando de Zárate);
- 3) el rechazo de las ideas dominantes sobre la nobleza de sangre y su pureza.

Pero no se puede afirmar que estas tres marcas sean exclusivas, ni tan siquiera características, de los conversos. La inspiración en el Antiguo Testamento fue una recomendación machaconamente repetida por todos los frailes metidos a preceptistas literarios en los escritos condenatorios de la literatura popular y, en especial, del teatro. Véase, por ejemplo, con qué fervor recomendaba los argumentos bíblicos un teólogo (¿criptojudío?) en los anónimos *Diálogos de las comedias* (1620):

TEÓLOGO.— ¿No era esta [una duda suscitada poco antes] de qué habían de ser tales comedias? Digo que de la Escritura Santa, del *Génesis*, *Éxodo*, los *Jueces*, de los *Reyes*, *Judith*, *Tobías*, *Ester*, *Daniel*, *Macabeos*, *Actos apostólicos* y cosas semejantes, que os doy mi palabra que serían las más dulces y sabrosas del mundo... [En Cotarelo, 1904: 224]

Y veamos cómo arremete contra Lope de Vega y la comedia nueva:

¿Dónde vuestro Lope, o lobo carnicero de las almas, tan celebrado de los críticos, llegó a ingeniar o inventar amores como los de Jacob y Raquel, dónde enredos como los de Tamar, dónde aventuras y valentías como las de David? Lléguese a fingir gallardías como las de Judith y Esther, y bravezas como las de Sansón: todo es nada y todo es aire y cosas de ingenuelos captivos, rateros habilitados. [En Cotarelo, 1904: 225]

Hubo en el siglo XVII muchos tratadistas políticos, moralistas, poetas y dramaturgos que se ocuparon de los ritos y dogmas católicos bastante menos que Enríquez Gómez. Son infinidad las obras de amena literatura (por ejemplo, la mayor parte de las comedias amatorias, muchas de las novelas italianas, algunas novelas extensas, poemas breves y largos, fábulas mitológicas) que en ningún momento se refieren a estas cuestiones.

Es verdad que al lector suspicaz moderno (porque en su tiempo nadie se percató o dio importancia al fenómeno) de las *Academias morales de las Musas* puede sorprenderle, en volumen tan amplio y dedicado en parte a reflexiones éticas, la ausencia de las instancias legitimadoras de la moral: Cristo, la iglesia, los santos... Solo el nombre de Dios (por cierto, con una profusión más propia del confanzudo cristianismo que del reveren-

te judaísmo) aparece en la miscelánea. Pero si acudimos al *Heráclito cristiano y segunda arpa a imitación de David* de Quevedo, podremos observar el mismo fenómeno, o casi el mismo: solo al final del poemario, en los salmos XXII, XXIII y XXIV, hay referencias a la iconología y a la teología cristianas: el primero trata de la comunión eucarística, el segundo alude levemente al episodio evangélico del Domingo de Ramos, y en el tercero se mencionan, por primera y única vez, la cruz, la Madre y el Hijo. Son más frecuentes en este texto, de indudable proyección religiosa y firmes convicciones cristianas, las referencias cultistas a la mitología grecolatina o a la historia antigua. El nombre de Dios apenas aparece (Quevedo quería ser consecuente con el segundo mandamiento). El vocativo repetido es *Señor*:

Las diatribas contra la nobleza de la sangre que pespuntean las obras de nuestro poeta (desde las *Academias morales de las Musas* a la *Política angélica*) y la ponderación del mérito personal están en consonancia con algunos de los fallidos y contradictorios proyectos regeneradores del conde-duque de Olivares [*vid.* Gutiérrez Nieto, 1990]. Su expresión es, con mucha frecuencia, calco y reescritura de frases y giros de Quevedo, como puede verse en estos versos de la *Academia III* (vv. 1055-1058):

«Válgate Dios —le dije a mi deseo—,  
¿aquí se premia por ajeno empleo,  
y no por la virtud? Muy mal me sabe  
esta locura grave.»

Coincide aquí Enríquez Gómez con lo que había leído en el *Sueño del infierno* (impreso por primera vez en Barcelona, Valencia y Zaragoza con fecha de 1627, y en Madrid, expurgado, en 1631):

Quieren [los hidalgos y caballeros] (¡ved qué ciegos!) que les valga a ellos, viciosos,  
la virtud ajena de trecientos mil años ya casi olvidada. [Quevedo, 1993: I, 170]

Los ecos literales se repiten en otro momento en que el conquense arremete contra la honra mundana:

ALBANO.	Pues, para quitar la duda, oye dónde está la honra.
PACOR.	Cuidado, que es una tecla grande y que a todos importa.

*(Academia I, vv. 1921-1924)*

La imagen la había encontrado en un pasaje del *Sueño de la muerte*:

—Animado me has —dijo— con eso. Dispondreme a salir de esta vasija como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo.

—Mucho hay que decir en eso —le respondí yo—; tocado has una tecla del diablo... [Quevedo, 1993: I, 231]

¿Era también Quevedo cristiano nuevo?

Creo que Jaime Galbarro [2015a: 115-116] ha puesto las cosas claras:

Antonio Enríquez Gómez fue un hombre del siglo XVII y, como tal, su identidad, personalidad y decisiones estuvieron condicionadas por un conjunto de factores muy diversos. Cuando se intenta reconstruir su periplo vital en función de una sola de sus facetas, ya sea religiosa, literaria o política, se corre el riesgo de ofrecer una mirada parcial, sesgada e incompleta. La cuestión religiosa, que tradicionalmente ha suscitado tanta discusión en los estudios biográficos sobre el autor, constituye tan solo una parte de su realidad como persona, sin duda muy importante, pero en buena medida de carácter privado y, por lo tanto, bastante inaccesible. Por esa razón creo necesario un acercamiento histórico que valore al hombre en su conjunto, en todos los aspectos de su vida, y no se anteponga una opción religiosa que acabe condicionando *a posteriori* toda la labor de interpretación y reconstrucción histórica.

## LAS RELACIONES PARADÓJICAS

No puedo yo ocuparme en este trabajillo del «hombre en su conjunto, en todos los aspectos de su vida», como pide con juvenil entusiasmo y confianza mi querido y admirado Jaime Galbarro; pero sí voy a intentar subrayar que dentro de esa valoración de la compleja realidad de nuestro poeta hay que contraponer a la cultura de la sangre (a la ascendencia genealógica estudiada por Révah y sus presuntas consecuencias en todos los órdenes de la vida) la honda huella (no solo formal sino también íntima, moral, psicológica) de la tradición literaria que abrazó con un fervor singular este mercader de paños que sintió la pasión creadora:

por ser dolor incurable  
la enfermedad de las letras.

(*Academia IV*, vv. 2791-2792)<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Véase el primer epígrafe de mi estudio prologal a las *Academias morales de las Musas* [Pedraza, 2015: 57-61].

Los hombres de los siglos XIX, XX y XXI (románticos y posrománticos, liberales, pero marcados también por una radicalidad ideológica y por prácticas totalitarias desconocidas en la época barroca) tendemos a establecer confrontaciones poco menos que absolutas que incluyen por igual a personas, sentimientos, ideas, formas de actuar, inclinaciones retóricas, preferencias artísticas, alianzas profesionales, y hasta formas de vestir o de atusarse el pelo (barbudos castristas, cabezas rapadas, encorbatados y sin encorbar...). Sin duda, en el antiguo régimen estos enfrentamientos que abarcan todos los aspectos de la personalidad no se producían de la misma manera. El choque ideológico no implicaba una íntima repugnancia por todo lo que encarnaba el enemigo en el campo de la política o de la religión.

Enríquez Gómez es un ejemplo, quizá extremo, en que el conflicto legal, religioso y político con la sociedad de su tiempo (condicionado por la cultura de la sangre) no es incompatible con otro tipo de afinidades, a veces muy intensas, y de relaciones, a menudo muy estrechas.

Hoy imaginamos que los conversos y los agentes del Santo Oficio estaban separados por un abismo, una insalvable distancia moral e incluso física. Pero todos sabemos que, con una frecuencia para nosotros sorprendente, entre unos y otros existían conexiones profesionales, vínculos de amistad y lazos familiares.

Enríquez Gómez estaba emparentado con agentes inquisitoriales: su cuñado (Pedro Alonso Basurto) y su yerno (Constantino Ortiz de Urbina). Es precisamente su cuñado, conocedor de los delitos de que lo acusan, el que lo disuade de presentarse ante el tribunal inquisitorial cuando regresa a España en 1650 [*vid.* Révah, 2003: 384]. Su yerno se convierte en el socio comercial que necesita en esa coyuntura para emprender la carrera de las Indias, es decir, negocios con América, ya que no podía tomarlos directamente en sus manos, dada su condición de prófugo [*vid.* Galbarro, 2015a: 122-136].

Su acercamiento a la vida literaria del Madrid de los años treinta se desarrolla en un ambiente en que se mezclan portugueses criptojudíos, declaradamente criptojudíos —valga la paradoja—, como Fernando Cardoso, que más tarde, ya en el exilio italiano, renegó del bautismo y cambió el nombre godo por otro hebraico: Isaac [*vid.* Yerushalmi, 1989]<sup>8</sup>; cristianos nuevos de origen castellano como Enríquez Gómez; cristianos supuestamente viejos como Lope de Vega, en cuyo círculo literario debió de figu-

<sup>8</sup> Recordemos que la última salida en vida de Lope de Vega fue para oír unas conclusiones de medicina y filosofía del doctor Cardoso, y que este médico y filósofo se encargó de pronunciar, días más tarde, una *Oración fúnebre en la muerte de Lope de Vega, ingenio laureado de las musas, prodigiosa maravilla de España, eterna admiración de las edades*, Madrid, 1635, reproducida en *Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso* [Lope de Vega, 1776-1779: XIX, 467-492].

rar por estos años; o recalcitrantes detractores del judaísmo como Quevedo, el escritor más citado y elogiado por nuestro poeta. A esto hay que añadir la sombra alargadísima de Góngora, ya muerto y recientemente editado, primero por Juan López de Vicuña (1627), que se enfrenta a las denuncias de fray Hernando Horio y del padre Juan de Pineda ante la Inquisición, y poco después por Gonzalo de Hoces y Córdoba (1633). Por cierto, el editor comercial y empresarial de las dos salidas gongorinas es Alonso Pérez, amigo de Lope, padre de Juan Pérez de Montalbán, cuyos orígenes cristionuevos dan de barato todos los estudiosos. A estos hay que añadir los estrictos coetáneos del autor conquense, es decir, toda la generación que hoy llamamos calderoniana.

Enríquez Gómez recuerda complacido estos círculos literarios en el prólogo de *Sansón nazareno*:

En mi tiempo (dejado aparte el Adán de la comedia, que fue Lope) hubo lucidísimos poetas. Don Antonio de Mendoza, secretario de Apolo, se llevó el palacio; el doctor Juan Pérez de Montalbán, entre muchas comedias que escribió, puso en las tablas la de *De un castigo dos venganzas*, con que se vengó de los émulos (notable ingenio fue este); don Pedro Calderón de la Barca, por las trazas, se llevó el teatro; Villaizán, por lo conceptuoso, los ingenios; el doctor Godínez, por las sentencias, los doctos; Luis Vélez, por lo heroico, fue eminente. No olvido a don Francisco de Rojas ni a don Pedro Rosete, Gaspar de Ávila, don Antonio de Solís, don Antonio Cuello y otros muchos que con acierto grande escribieron comedias... [Enríquez Gómez, 1656: páginas prologales, s. n.]

Como se ve, no está hablando de enconados enemigos sino de admirados maestros y compañeros en el arte literario, con los que había participado en cuantas empresas le permitían sus quehaceres mercantiles. Si hemos de creer a su panegirista, Manuel Fernandes de Vila Real [en Enríquez Gómez, 2015a: I, 259], sus comedias fueron bien recibidas por el público variopinto de los corrales. Los datos conservados sobre la representación de estas piezas, reunidos por Révah [2003: 653-656], Urzaiz [2002: II, 298-303] y González Cañal [2014], vienen a demostrar que corrieron con buena fortuna la difícil carrera de la escena: *Fernán Méndez Pinto. Primera parte* se vio el 18 de mayo de 1633; *El valiente Diego de Camas*, el 22 de mayo de 1633; *El cardenal Alborno. Primera parte*, en 1634; *El capitán Chinchilla*, el 20 de noviembre de 1634, y *La soberbia de Nembrot*, en el verano de 1635.

## QUEVEDO Y ENRÍQUEZ GÓMEZ, CON EL CRISTO DE LA PACIENCIA AL FONDO

Las fechas de estas representaciones son inmediatamente posteriores a uno de los más escandalosos episodios que conmovieron la corte madrileña: el presunto sacrilegio al que unos supuestos judíos sometieron la imagen de un Cristo, al que se llamó «de la Paciencia» o «de las Injurias», en una casa de la calle de las Infantas. Se celebraron numerosos rituales de desagravio, que tuvieron como colofón el auto de fe de 4 de junio de 1632 en la plaza Mayor de Madrid. La tinta corrió en relaciones, poemas y escritos varios. Algunos se imprimieron en el momento y otros han permanecido en manuscrito hasta nuestros días.

Como es sabido, Lope escribió 101 liras de seis versos que expresaban los *Sentimientos a los agravios de Cristo por la nación hebrea*, publicadas de inmediato en una edición suelta e incorporadas más tarde a *La vega del Parnaso* [vid. Lope de Vega, 2015].

Al año siguiente, la agitación antijudaica toma como motivo o excusa la aparición de unos pasquines de exaltación de la fe mosaica y en contra de la cristiana, fijados cerca de la Puerta de Guadalajara.

Hoy sabemos que uno de los activos denunciadores de la conjura de la nación hebrea fue Quevedo con su *Execración contra los judíos*, memorial datado en Villanueva de los Infantes el 20 de julio de 1633, que permaneció inédito hasta que lo sacaron a la luz Cabo Aseguinolaza y Fernández Mosquera [Quevedo, 1996]. En este opúsculo, dirigido, sin confiar en intermediarios, al propio rey Felipe IV, don Francisco, a vueltas de consideraciones políticas más o menos utópicas, encierra un encendido ataque contra judíos y conversos. Sus dicerios contra «la nación pérfida hebrea» han causado escándalo en el momento de su recuperación:

ratones son, Señor, enemigos de la luz, amigos de las tinieblas, inmundos, hidiondos, asquerosos, subterráneos. [...] Serpientes son [...] que pagan en veneno desentomecido el abrigo que se les da. Fuego son que paga la vecindad en incendios y la acogida en ceniza. [Quevedo, 1996: 17]

Denuncia la amenaza que constituyen: «Contra sí oye las palabras de Jesucristo cualquiera cristiano que de los judíos promete otra cosa que muerte y persecución» [Quevedo, 1996: 13]. E incita a una violenta reacción contra ellos: «Señor, abominemos a los que abominó Dios, y en ellos y en sus hijos, aborrezcamos la gota de aquella sangre que pidió que lloviese sobre ellos la de Jesucristo» [Quevedo, 1996: 20].

## EL FERVOR QUEVEDESCO DE ENRÍQUEZ GÓMEZ

No parece fácil que Enríquez Gómez desconociera el pensamiento y los excesos y violencias verbales de Quevedo, su apología de los estatutos de limpieza de sangre y su oposición a las medidas de gracia que habían permitido la instalación de una colonia de judíos portugueses en la corte madrileña [Quevedo, 1996: 13-15]. Sin embargo, su obra literaria está trufada de homenajes al execrador de su estirpe. La admiración literaria, que va más allá de lo puramente formal porque acaba conformando la perspectiva desde la que se contempla el mundo, puede más que la herencia de la sangre e incluso que los legítimos intereses.

Rosa Navarro [2015: 185] ha estudiado la filiación de *El siglo pitagórico* y ha constatado:

El lector descubre, pues, que la excusa para la sátira moral es el sueño; y la asociación con su referente literario es inmediata: los *Sueños* de Quevedo [...]. La admiración hacia el escritor madrileño se manifiesta no solo al imitarle en su visión satírica de la sociedad con sus tipos y oficios, en su pintura de los vicios humanos, sino también por dos aficiones compartidas: el gusto por los juegos verbales y la pasión por el ingenio...

El entusiasmo por el Gran Satírico no lo ha inventado la estudiosa. Lo proclama el autor en el texto prologal de la *Vida de don Gregorio Guadaña*:

está por nacer quien pueda imitar al insigne don Francisco de Quevedo... [Enríquez Gómez, 1977: 68]

En *La torre de Babilonia* se inserta la novela de *El marqués de la redoma*, en que dice el protagonista:

—Yo, señores míos, después que el milagroso ingenio de don Francisco de Quevedo me dejó en su redoma hecho gigote... [Enríquez Gómez, 1649: 173]

Esto se escribe y se publica en el exilio y en un momento en que, como señaló Wilke [2015: 227],

la propaganda ideológica de los años 1630 y 1640 había definido lo castellano y lo franco-luso-judío como dos identidades que tan difícilmente podrían mezclarse como el agua y el aceite, el paraíso y el infierno.

Pero, con independencia de estos elogios explícitos, lo más relevante es la radical dependencia de sus procedimientos literarios. Naturalmente, *La torre de Babilonia* no puede dejar de empezar con una referencia a su modelo:

Si les pareciere que he sido grandísimo soñador, doyles el consejo de don Francisco de Quevedo: tomen el sueño que gustaren, pues está en su mano. [Enríquez Gómez, 1649: 7]

Incluso cuando se propone escribir frontalmente contra algunos de los valores, ideas e instituciones defendidos por el feroz crítico antijudaico, recurre a la sátira menipea, que Enríquez Gómez, autodidacta y con limitada formación clásica, no había aprendido en Luciano de Samosata sino en Quevedo. Así ocurre en su más radical panfleto: *Inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos*, cuyo título se construye con retazos de los utilizados por don Francisco: un híbrido del *Discurso de todos los diablos* y de la *Visita de los chistes*; estructurado en *sueños*, en vez de capítulos.

La presentación de la primera de las figuras que aparecen a la Imaginativa es enteramente quevedesca, con sus jugueteos conceptistas y sus chocantes ocurrencias:

Sentí que me tocaba un hombre la mano izquierda, por no hacer el sueño cosa a derechas. Alcé el rostro a los rayos de una pequeña lanterna que contraía y no pude distinguir con la vista si era hombre o mujer, porque el medio rostro tiraba a hermafrodita y el otro daba en eunuco. No sabía en qué lenguaje hablarle, si en masculino o femenino, y entendiendo no afrontarle en uno ni en otro, llamele capón. (*Inquisición de Lucifer*, § 8)<sup>9</sup>

En fin, como ha señalado Davidi [2011: 161-162]:

La literatura es espacio privilegiado en lo que se refiere a la posibilidad de expresar contradicciones. No es el espacio de solucionarlas, sino de expresar lo no solucionable a través de figuraciones.

---

<sup>9</sup> Este relato lucianesco o, mejor, quevedesco, se citará siempre por nuestra edición [Enríquez Gómez, 2020a].

## LA PATRIA LITERARIA

Como el conjunto de los intelectuales de su época —con contadas excepciones a las que la crítica española posterior, con una irreductible inclinación al masoquismo y la autoflagelación, ha dado extraordinario relieve—, el autor conquense está convencido de que vive en un momento de singular esplendor literario. Siempre habla con entusiasmo y simpatía de los grandes escritores de su tiempo y reconoce abiertamente sus modelos y guías, como puede verse tanto en el prólogo de las *Academias morales de las Musas* [Enríquez Gómez, 2015a: I, 263-272] como en el de *Sansón nazareno*, donde tras enumerar a poetas latinos, italianos y franceses, hace un recuento de los españoles:

el Boscán, especulativo; Herrera, oscuro y grave; Lope de Vega, lírico, fecundo, claro, terso, cómico y sin imitación; Góngora, culto pero eminente en las figuras retóricas, en los frasis, en los periodos y en las cadencias maravilloso, pero en lo burlesco y satírico no tuvo igual; los Argensola, prudentes; don Antonio de Mendoza, cortesano entre las Musas; Manuel Faria y Sousa, científico, y todas sus obras de grande juicio; fray Luis de León, divino en sus conceptos; don Diego de Mendoza, aseado y festivo; y todos juntos y cada uno de por sí tuvieron y tienen su genio particular... [Enríquez Gómez, 1656; prólogo, s.n.]

No aparece aquí el Quevedo poeta, a pesar de que para 1656, cuando se acaba de imprimir *Sansón nazareno*, ya se había publicado el *Parnaso español, monte en dos cumbres dividido*. Probablemente, Enríquez Gómez no había tenido ocasión de leerlo en su exilio francés. Esta ausencia parece dar la razón a Antonio Carreira [1997] y a Amelia de Paz [1999], que consideran que don Francisco fue en vida «un poeta en la redoma», que se mantenía oculto por la amplia sombra que proyectaban las ediciones de sus obras en prosa.

En realidad, la lista de Enríquez Gómez solo incluye a líricos firmemente consolidados en la década de 1630, cuyas obras se imprimieron durante su etapa en la corte madrileña (Lope, Góngora, los Argensola, fray Luis).

En el estudio prologal de las *Academias morales de las Musas* [Pedraza, 2015: 69-76] señalé las dificultades para interpretar el conjunto del volumen como una obra en clave que «esconde un discurso vigoroso contra aquella misma España oficial de los inquisidores», según la expresión de García Valdecasas [1971: 4]. Aunque con la prudencia necesaria para que su poesía pudiera circular sin problemas, en algunos pasajes se alude con razonable precisión a las instancias inquisitoriales (los «Saúles sin cetro», de que habla en el «Prólogo» al lector); pero en las 478 pp. que constituyen la primera

edición de la obra hay muchísimas más cosas (podríamos decir que casi todas) cuya intención se aleja considerablemente de la crítica opositora o de la sátira contra el Santo Oficio.

Esto no niega que Enríquez Gómez tuviera un comprensible y, a nuestros ojos, justísimo resentimiento con ese tribunal político-religioso; lo que pone de relieve es que sus intereses eran bastante más amplios. Las *Academias morales de las Musas* constituyen una muestra, tan interesante como irregular, de los temas, motivos, formas expresivas, variantes genéricas... que dominaban en la espléndida floración literaria de su época. Ese rico muestrario incluye definiciones de amor y análisis paradójicos de las pasiones; romances caballerescos, trufados de imágenes gongorinas y juegos conceptuosos llamados a merecer los honores de la reimpresión en pliegos sueltos durante el siglo XVIII; versos morales y metafísicos de sabor quevedesco *avant la lettre* (recordemos que en 1642 don Francisco era un «poeta en la redoma»); poemas cultistas de inspiración bíblica y gongorina; sátiras de tipos y costumbres sociales (que trasponen a cláusulas métricas los sarcásticos y juguetones retratos en prosa de Quevedo); parodias literarias del gongorismo, que rozan con frecuencia el sinsentido; epístolas y elegías de resonancias autobiográficas; sonetos y romances en todas las gamas (desde el apasionamiento al juego galante, a la broma conceptuosa, al tono sentencioso, al aire grotesco); décimas de atormentados retorcimientos cancioneriles; octavas para que las relaciones luzcan por extremo; silvas que siguen los perfiles descriptivos de las *Soledades*; canciones desengañadas y melancólicas; tercetos que discurren sobre los avatares propios y las tragedias ajenas (paráfrasis del *Libro de Job*)... En fin, una abigarrada acumulación de las formas expresivas de la poesía española del Barroco<sup>10</sup>. Las cuatro comedias (de honor, bíblica, de capa y espada, y palatina) evidencian esa voluntad de mostrarse como un poeta largo, conocedor, si no dominador, de todas las variantes de la literatura de su época.

Tanto este modo de construir su primer volumen relevante como la ausencia de referencias que pudieran enojar a los públicos a que se dirigía (judíos o cristianos), forman parte de una operación de *marketing*, como quiere Díez Fernández [2015: 75]; pero las *Academias morales de las Musas* constituye, ante todo, un apasionado homenaje a una tradición literaria en la que se siente gozosamente inmerso. Como ha dicho Wilke [2015: 210-211], este converso emigrado muy a su pesar (no podemos decir *malgré lui*, porque quizá no lo entendiera el interesado<sup>11</sup>) había transformado la poesía española «en una patria portátil».

<sup>10</sup> Véase en este mismo volumen el artículo «La vocación epigonal del Barroco. El caso Enríquez Gómez» (pp. 129-147).

<sup>11</sup> Wilke [1994: 176] publicó un documento que revela que en 1635 Enríquez Gómez conocía poco el francés. Años después, al publicar las *Academias*, el uso de ese idioma extraño se le presentaba aún como una

La patria contra la que abominó en lo político (*Triunfo lusitano*) y en lo religioso (*Inquisición de todos los diablos*) es, sin embargo, la única sangre literaria que reconoce, a la que dedica unos desvelos realmente inimaginables en las duras circunstancias en que tuvo que vivir.

---

«guerra babilónica» (*Academia I*, v. 2077). La nostalgia del desterrado está ligada a la lengua materna y sus excelencias (*Academia I*, vv. 1991-1993):

Hablaba el idioma siempre grave,  
adornado de nobles oradores,  
siendo su acento para mí suave.

## ÍNDICE



Palabras preliminares .....	7
-----------------------------	---

#### **AVISOS POLÍTICOS**

El poder a los ojos de Enríquez Gómez: entre la teoría política y el drama Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ .....	15
---	----

La sombra del conde-duque en el teatro de Enríquez Gómez Milagros RODRÍGUEZ CÁCERES .....	33
--	----

Enríquez Gómez: los arbitrios de un antiarbitrista Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ .....	45
---	----

Matar por razón de estado. El asesinato político en Enríquez Gómez Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ y Milagros RODRÍGUEZ CÁCERES .....	65
--	----

Enríquez Gómez y Martínez de Mata. Un episodio de la vida política y teatral sevillana Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ .....	85
--	----

#### **«NACÍ DENTRO DEL PARNASO...». ENRÍQUEZ GÓMEZ Y LA LITERATURA DE SU TIEMPO**

Antonio Enríquez Gómez: entre la herencia de la sangre y la tradición literaria Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ .....	111
---	-----

La vocación epigonal del Barroco. El caso Enríquez Gómez Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ y Milagros RODRÍGUEZ CÁCERES .....	129
Enríquez Gómez ante las aguas del Leteo Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ y Milagros RODRÍGUEZ CÁCERES .....	149
La temprana inspiración burlesca de Enríquez Gómez Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ .....	163
<b>LA ESTELA DE CALDERÓN</b>	
La fascinación de <i>El médico de su honra</i> . Sus ecos en la obra de Enríquez Gómez Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ .....	175
La <i>Segunda parte</i> de <i>La hija del aire</i> y el pensamiento político de Enríquez Gómez Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ y Milagros RODRÍGUEZ CÁCERES .....	195
<b>DOS ESTUDIOS «ACADÉMICOS»</b>	
Las academias como fiesta social del Barroco: su reflejo en Antonio Enríquez Gómez Milagros RODRÍGUEZ CÁCERES .....	209
Hacia una edición crítica de las <i>Academias morales de las Musas</i> de Antonio Enríquez Gómez Milagros RODRÍGUEZ CÁCERES .....	223
<b>BIBLIOGRAFÍA CITADA</b> .....	253
<b>ÍNDICE GENERAL</b> .....	272

